

# CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

## Vía crucis

David Amado Fernández

(Sacerdote de la archidiócesis de Barcelona. Es licenciado en Filosofía. Fue ordenado sacerdote el año 1994. Ha sido capellán universitario y de varios colegios. Actualmente ejerce su ministerio como párroco en Collado Villalba (Madrid). Es redactor de MAGNIFICAT desde su comienzo en lengua española.)

### ■ INTRODUCCIÓN ■

La práctica del vía crucis nos invita a recorrer el camino que Jesús realizó en su pasión. Es un camino lleno de dolor y sufrimiento en el que se nos va desvelando el amor del Corazón de Jesús. Jesús lo realizó solo. Pero no hemos de verlo como el empeño titánico de alguien que quiere conquistar, como los personajes de la mitología griega, el mundo de los dioses y que es aplastado cuando está a punto de alcanzarlo. Por el contrario, él es el Hijo de Dios que, movido por su misericordia, ha descendido hacia nosotros y lleva este abajamiento hasta la muerte y la sepultura. Es la manifestación de su amor lo que le lleva a dar la vida por nosotros y, siendo inocente, carga con nuestras culpas.

Si nuestros pecados fueron causa de la pasión de Jesús, no es menos cierto que en ella, al mismo tiempo que la carne de Cristo iba siendo desfigurada, se iba revelando su belleza. A la luz de la pasión se hace comprensible la existencia de cada uno de nosotros: así nos ha amado Dios. Acompañando a Jesús vamos aprendiendo que ese es el camino que conduce a la gloria. Porque tras la muerte viene la resurrección. Y por su gracia, la vida de cada uno de nosotros puede ser realizada por el don de uno mismo.

Para las meditaciones de este vía crucis, hemos elegido las estaciones que propuso san Juan Pablo II en 1991.

### ■ I. JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS ■

**Y**, ADELANTÁNDOSE UN POCO, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y decía «¡Abbá!, Padre, tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres».

(Mc 14,35-36)

Jesús sabe todo lo que va a suceder y se retira al huerto de los Olivos para orar, para hablar con su Padre. No entra en la pasión como un héroe, sino como el Hijo que quiere, ante todo, cumplir la voluntad de su Padre. Por la desobediencia de los hombres, Jesús, el Hijo obediente, está allí. Ve lo que se le avecina, pero hay algo que está por encima de todo y que le mueve, en esa lucha agónica, a pedir: «¡Abbá!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres».

Mientras, los discípulos duermen. Es como un signo de la inconsciencia sobre la gravedad del asunto. Solo Cristo podía afrontar esa lucha. Él les dice después a sus apóstoles y a nosotros: «Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (Mc 14,39). Ahora, con Cristo podemos volver a la obediencia, pero es necesaria la oración para unimos con él a la voluntad del Padre.

*Señor Jesús, continuamente queremos imponer nuestra voluntad. Incluso cuando buscamos ser obedientes, pretendemos que las cosas se hagan a nuestra manera. Tu oración fue escuchada. Que aprendamos que el fruto de la oración siempre es nuestra adhesión a la voluntad de Dios.*

## ■ II. JESÚS, TRAICIONADO POR JUDAS, ES ARRESTADO ■

**T**ODAVÍA ESTABA HABLANDO, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

(Lc 27,47-48)

En la noche de Getsemaní la traición se hace presente y brilla con luz propia. La pasión de Cristo no es fruto del azar, sino que en ella se encuentran las decisiones libres de los hombres, cuyos signos del amor pueden ser tergiversados, con la voluntad misericordiosa de Dios. Ninguna oscuridad puede ocultar ese hecho misterioso en el que se encuentran los actos del hombre y los de Dios. Un beso se transforma en una cortina tras la que puede ocultarse cualquier cosa, pero cuando se da al Hijo del hombre, cuando tomamos conciencia de que nuestras acciones tienen que ver con Cristo, entonces se desvela la verdad: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

¿Quedó cegado por el dinero? ¿Se sintió defraudado por el Maestro que no acababa de encastrar una revolución? Dice el salmo 54: «Si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él; pero eres tú, mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad». Para ser traidor, hay que ser primero amigo. Pero Jesús no se oculta, para que toda traición sea vencida por su fidelidad.

*Señor Jesús, tú eres manso y humilde de corazón. No te engañan nuestras zalamerías, pero tampoco nos rechazas cuando nuestro amor es inconsistente o afectado. Reprimas tu ira para ganarnos con tu misericordia. Enséñanos a no traicionar nunca tu amor.*

## ■ III. JESÚS CONDENADO POR EL SANEDRÍN ■

**D**E NUEVO le preguntó el sumo sacerdote: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?» Jesús contestó: «Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo». El sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras, dice: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?» Y todos lo declararon reo de muerte.

(Mc 14,61-64)

Se acusa de blasfemia al que es Dios. Los sumos sacerdotes, los que en teoría debían reconocer mejor al Mesías, son los que incitan al pueblo para que pidan su muerte. Todo el juicio está aderezado con preguntas retóricas, falsos testimonios, voces estentóreas y gestos hinchados. En medio de aquella función de falsedades, resuena la palabra de Jesús: «Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo».

¡Cuántos intereses ocultos en la tramoya de aquel teatro! Jesús, que había advertido contra la hipocresía y la apariencia de los hombres falsamente religiosos, las pone totalmente al descubierto al ser condenado por ellos. Muchas veces le habían interrogado sobre Moisés; Jesús les había mostrado que lo entendían mal y que solo en él la ley llegaba a su pleno cumplimiento. Pero ahora, en nombre de la ley, es condenado. Sin embargo, también a través de esta injusticia de los hombres se manifestará la justicia de Dios.

*Señor Jesús, purifica nuestra religiosidad. Que no nos quedemos en una piedad vacía ni nos apoyemos en nuestras obras, sino que siempre podamos sostenernos en ti. Porque nos amas existimos y sin tu amor no somos nada.*

## ■ IV. JESÚS ES NEGADO POR PEDRO ■

**L**EGA UNA CRIADA del sumo sacerdote, ve a Pedro calentándose, lo mira fijamente y dice: «También tú estabas con el Nazareno, con Jesús». Él lo negó diciendo: «Ni sé ni entiendo lo que dices». Salió fuera al zaguán y un gallo cantó. La criada, al verlo, volvió

a decir a los presentes: «Este es uno de ellos». Pero él de nuevo lo negaba. Al poco rato, también los presentes decían a Pedro: «Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo». Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar: «No conozco a ese hombre del que habláis». Y enseguida, por segunda vez, cantó el gallo.

(Mc 14,66-72)

Su acento de galileo le traiciona. Escribió el jesuita Pierre Charles: «Fuera de su casa, uno es extranjero en todas partes y, cuando uno le ha pertenecido, ya no es posible sin impunidad, pero tampoco totalmente, rescatarse». Pedro ha sido marcado por Cristo desde aquella primera mirada cuando le fue presentado por su hermano Andrés.

Es una noche de muchas emociones: presenciar el arrebató de la espada en el huerto, seguir el cortejo del prendimiento entre el miedo a ser sorprendido y la angustia por el destino del Maestro... Todo a la carrera. Pedro es un manojo de nervios y a la tensión se añade el frío. Junto a la lumbre, donde se siente seguro, Pedro es descubierto. Su acento le delata. Todo el que se encuentra con Cristo lleva su marca y, por más que nos esforcemos en ocultarla, vuelve esa mirada: la única que no nos juzga, sino que nos penetra hasta el fondo y nos hace conscientes de ese amor infinito que no nos ha elegido por nuestras cualidades, sino porque nos ama. También con su llanto amargo Pedro empieza a unirse a la pasión de Cristo.

*Señor Jesús, nos puede la fanfarronería y la presunción, pero ante el menor peligro, lo abandonamos todo. Ayúdanos a mantenernos bajo tu mirada amorosa porque es ella la que nos hace buenos.*

## ■ V. JESÚS ES JUZGADO POR PILATO ■

**E**LLOS GRITARON: «¡Fuera, fuera; crucifícalo!» Pilato les dijo: «¿A vuestro rey voy a crucificar?» Contestaron los sumos sacerdotes: «No tenemos más rey que el César». Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

(Jn 19,15-16)

El escepticismo también tiene consecuencias. Pilato, el que confina la verdad en la buhardilla de las fábulas y los mitos, acaba cediendo al griterío de la muchedumbre. Sabe que Jesús es inocente. Pero ¿qué importa eso si hay que salvaguardar el orden del Imperio? Todo se reduce a un procedimiento. Unas cuantas preguntas al reo, que le dejan sin salida, porque no ve en él culpa alguna. Pero está el rugido de la turba, que además le amenaza: «Si lo sueltas, no eres amigo del César» (Jn 19,12).

Y, de fondo, una clemencia aparente: Barrabás es liberado. Pilato da satisfacción a gente a la que desprecia. Tuvo ante él la verdad: la que todo lo sostiene; la que va a dar la vida por él; la que es eterna. Pero eligió la pequeña verdad del interés propio y de la comodidad para no meterse en líos y perder la silla. Condena al justo, pero nada, ni la sensación de haber tenido una Pascua tranquila, podrá maquillar lo que ha hecho. ¿Cuántas veces seguimos dando la razón al que grita más alto?

*Señor Jesús, que tras ser azotado fuiste presentado por Pilato: «He aquí al hombre» (Jn 19,5), enséñanos a buscar la justicia que se fundamenta en la verdad. Tú eres la Verdad.*

## ■ VI. JESÚS ES AZOTADO Y CORONADO DE ESPINAS ■

**Y** LOS HOMBRES que tenían preso a Jesús se burlaban de él, dándole golpes. Y tapándole la cara, le preguntaban: «Haz de profeta: ¿quién te ha pegado»

(Lc 22,64)

**Y** LOS SOLDADOS trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y acercándose a él le decían: «¡Salve, rey de los judíos!»

(Jn 19,2-3)

Una manera de minimizar el mal es convertirlo en objeto de burla. El cuerpo de Cristo, aquel que recibió al entrar en el mundo y que le hizo exclamar: «He aquí que vengo para hacer, ¡Oh Dios!, tu voluntad» (Heb 10,7), ya había sido deformado por los trallazos que, «por piedad», Pilato (todo en él es cinismo) había mandado descargar sobre él. La soldadesca, quizás escandalizada por la crueldad, llama al humor negro para que ejerza de exorcista y la saña se confabula con la juerga.

«Haz de profeta. ¿Quién te ha pegado?» Aunque le tapen la cara, Jesús sabe quién le golpea con la caña, quién le ridiculiza y quién le escupe. Es vana la pretensión de que Dios va a olvidarse de nosotros por nuestras ofensas. Él no puede olvidarse de nosotros y nos tiene presentes precisamente a través de ese rostro, cada vez más desfigurado, de su Hijo. Misterio grande de un Rey que acepta ser coronado de espinas para que un día lleguemos a rendir la plaza de nuestro corazón a su amor.

*Señor Jesús, que no ocultaste tu rostro ni a los insultos ni a los salivazos y ofreciste tu espalda a los que te golpeaban (cf. Is 50,6), haz que sepamos reconocerte en todos los que sufren maltrato, los excluidos, los que son objeto de burla.*

## ■ VII. JESÚS ES CARGADO CON LA CRUZ ■

**T**ERMINADA LA BURLA, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo.

(Mc 15,20)

Acabó el tiempo de la broma. Hay que volver al trabajo. Así que visten de nuevo a Cristo por aquello de guardar las formas y le cargan con el madero del suplicio. Señor, ¿cuánto pesa tu cruz? «Mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11,30), nos dijiste. No la que llevas sobre tus hombros, sino la que nos dejas a los que vamos contigo, porque tú cargaste con nuestros pecados. En ese leño retomas todo el bien de la creación, del mundo que fue creado a través de ti y que nosotros hemos pervertido con nuestra desobediencia. Y en ti, Dios va a reconciliar todas las cosas por la sangre de tu cruz.

Pensamos en el dolor de la madera sobre tu espalda herida, pero más en el amor de tu Corazón que no disminuye ni en un ápice. Caías bajo su peso y Satanás quizás pensaba que por fin ibas a darle la razón que le quitaste en el desierto. Pero volviste a levantarte. Te llevan a las afueras de la ciudad, y si pudieran te expulsarían del mundo. Pero tú cargas con la cruz precisamente «porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

*Señor Jesús, que soportaste nuestros sufrimientos y aguantaste nuestros dolores (Is 53,4), haz que nunca olvidemos tu amor para que también podamos cargar con nuestra cruz de cada día y seguirte.*

## ■ VIII. EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ ■

**P**ASABA UNO QUE VOLVÍA del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo; y lo obligan a llevar la cruz.

(Mc 15,21)

No lo eligió, le obligaron. Y aun así Simón, uno que pasaba por allí, se encuentra con ese Cristo que nos sale al encuentro tantas veces en nuestra vida. Y nos sentimos forzados hasta que descubrimos que llevar la cruz de Cristo, que se nos presenta en los pobres, en los que necesitan de nuestra compañía, en los que están solos, es un regalo que él nos hace.

Aquel que pasaba, que no estaba allí por propia voluntad ni quería asistir al espectáculo, era quizás el más digno de entre la multitud congregada para ayudar a Cristo. No iba con él. Pero ¿por qué Jesús quiso que el drama de la pasión fuera con él? A través del Cirineo descubrimos vínculos extraños con los imprevistos que nos incomodan. No nacen de ninguna lógica ni pueden explicarse fácilmente. Son los lazos que el amor del Corazón establece con las cosas. Jesús, el buen Samari-

tano, bajó a buscar al hombre herido; y Simón, el padre de Alejandro y Rufo, nos recuerda que, en cualquier hombre tirado al borde del camino, Jesús nos ofrece su cruz para ayudarlo a llevarla.

*Señor Jesús, queremos permanecer al margen de la cruz, pero continuamente nos invitas a unirnos a ella cuando pones en nuestra vida personas y situaciones ante las que no podemos permanecer indiferentes. Que podamos descubrir, en lo que nos parece una carga, el don que nos haces de unirnos a ti.*

## ■ IX. JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN ■

**L**O SEGUÍA un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos».

(Lc 23,27-28)

Es sorprendente la cantidad de personas con las que Jesús se encuentra en su camino. El dolor no lo encierra en sí mismo. Es un sufrimiento redentor y por eso es él quien puede consolar a las que han venido a compadecerse. «No lloréis por mí». Todo es desprendimiento en Cristo.

Seguramente el dolor de aquellas mujeres era sincero y, por eso, el Señor las conduce a comprender lo que allí está sucediendo. No es algo que solo le pasa a él, sino que está en relación con el comportamiento y el destino de todos los hombres: «Llorad por vosotras y por vuestros hijos». Ellas lloran por el Justo y Jesús las llama a llorar por los que causamos la injusticia. Si las consecuencias son terribles, más lo son los pecados que las provocan. Pero del leño verde brotará la savia nueva capaz de vigorizar las ramas secas. Las lágrimas, vertidas como corresponden, no se quedan en la emoción pasajera, sino que conducen a la compunción que empieza a ablandar nuestro corazón de piedra.

*Señor Jesús, no permitas que nos quedemos en las lamentaciones estériles, ni en el mal o dolor ajenos desconociendo el que hay en nuestro corazón. Ayúdanos a conocerte para que también nos conozcamos.*

## ■ X. JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ ■

**Y** CUANDO LLEGARON al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

(Lc 23,33)

Le inmovilizaron las manos y los pies como queriendo decir: «Ya no puedes hacer nada; tan solo te queda morir». Pero Jesús había dicho: «Mi Padre siempre trabaja, y yo también trabajo» (Jn 5,17). Jesús humillado, tratado como un infame y desfigurado por las torturas sufridas cumple la obra de la redención. En su aparente impotencia, ejerció su poder y afrontó el suplicio de la cruz con una libertad que el mundo no había conocido hasta entonces.

Aparentemente le sostenían solo los clavos. Por eso le decían con sorna: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt 27,40). Pero Jesús estaba allí por ti y por mí. Como expresó el Apóstol: «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20). La cruz es un misterio de amor. Amor de Cristo al Padre y amor hacia todos los hombres. Él es el buen Pastor que da la vida por sus ovejas y que no huye cuando los lobos, que son jauría, las cercan. Clavado en la cruz, suplica que los lobos se transformen también en ovejas: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Donde está el madero vemos un cayado: el del pastor que nos muestra un camino nuevo que conduce hacia el Padre. Con sus brazos extendidos, Jesús reclama nuestro amor para que podamos reconocer que es su amor el que nos hace falta.

*Señor Jesús, ayúdame a descubrir la sabiduría de la cruz, en la que está clavada la salvación del mundo. Purifica mi mirada para que sepa descubrir el misterio de amor por el que tú estás ahí clavado.*

## ■ XI. JESÚS PROMETE SU REINO AL BUEN LADRÓN ■

**P**ERO EL OTRO, respondiéndole e increpándole, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

(Lc 23,39-43)

De Jesús habían dicho: «Todo lo ha hecho bien» (Mc 7,37), pero lo colocaron entre dos malhechores. Ni los castigos infligidos ni la situación desviaron a Jesús de su misión. Había venido a buscar a la oveja perdida, a la que, por el arrepentimiento, se deja cargar sobre los hombros y, depuesta toda presunción, deja que el pastor la acaricie y la regale.

Se dice que Dios escribe recto con renglones torcidos, pero debe añadirse que además lo hace con excelente caligrafía. El ladrón es claro, sin borrones: «Recibimos el justo pago de lo que hicimos», y más claro aún es Jesús en su misericordia: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». ¡Cuántas veces hemos luchado por separarnos de Cristo para al final descubrir que, por amor, Jesús nos acompaña en el sufrimiento que nosotros mismos nos hemos provocado! No hay castigo que pueda enderezar nuestra vida, pero bastan unas palabras de Cristo, si sabemos reconocer el amor con que nos las dirige, para cambiar totalmente nuestro destino.

*Señor Jesús, que en todos los momentos, en las alegrías y en el dolor, sepamos acoger la invitación que nos haces a estar contigo. Estando contigo somos salvados.*

## ■ XII. JESÚS CONFÍA SU MADRE A JUAN ■

**J**ESÚS, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

(Jn 19,26-27)

El camino de Jesús es también el camino de María. El Hijo lo abre y la Madre le sigue fielmente, misteriosamente unida a él, sufriendo por él y ofreciendo con él. Ella está allí, a su lado, junto con otras mujeres, que representan a tantas que en la historia del mundo han acompañado desde el silencio y el dolor del corazón.

«Una espada te traspasará el alma» (Lc 2,35), le había profetizado Simeón. Ahora vemos que fue así, pero en aquella unión con los sufrimientos de su Hijo, se engrandeció su corazón para ser la Madre de muchos creyentes. Jesús le confía a Juan. Tiene un nuevo hijo, y el discípulo, también nosotros, una Madre. El amor de Cristo, por el que entrega su vida para reconciliarnos con Dios, va a tener visibilidad en la tierra: es la Iglesia, una comunidad en la que se pueda vivir según el don recibido, con unas relaciones que no se quedan en la carne y en la sangre, sino en el amor infundido por Dios. María está allí para que nada se pierda. Ella, que con su Fíat abrió las puertas a la entrada de Dios en el mundo, sigue siendo cauce para que él comunique su gracia.

*Señor Jesús, que por mediación de María, Madre tuya y nuestra, podamos comprender el gran don de la filiación divina y con ella contribuyamos a la construcción de ese hogar que es la Iglesia.*

## ■ XIII. JESÚS MUERE EN LA CRUZ ■

**Y**JESÚS, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y, dicho esto, expiró.

(Lc 23,46)

Nada sucedió en apariencia: Jesús expiró. Murió de verdad, pero entregando su espíritu al Padre. Nos es difícil entrar en ese diálogo entre Jesús y el Padre. Cuando en los evangelios se escucha su voz, es para decirnos: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,17). Y Jesús había dicho: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,34). El Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre con un amor infinito, eterno: el amor que se tienen es el Amor. No estamos ante un Dios sádico, sino ante el amor que se manifiesta hasta el extremo: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

Jesús, que ha descendido hasta los abismos de la angustia, en busca del hombre más alejado –«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34)–, muere adentrándose en el abismo de Dios: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Nada queda fuera del alcance de su sacrificio expiatorio. Relata Juan que, ya muerto, de su costado traspasado por la lanza, manó sangre y agua. Del árbol de la cruz surge la vida. En el Corazón abierto de Cristo, se nos abre el corazón de Dios y de él brota la misericordia. «Mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37). Dios nos abre su intimidad para que comprendamos el amor que nos tiene, para que podamos acoger su perdón, para que podamos ser hijos suyos.

*Señor Jesús, haz que al verte en la cruz sepamos descubrir los tesoros de tu Corazón traspasado. Tú que moriste por amor, danos, por tu misericordia, la vida que no perece.*

#### ■ XIV. JESÚS ES PUESTO EN EL SEPULCRO ■

**H**ABÍA UN HOMBRE, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo... Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía.

(Lc 23,50. 52-53)

Se ha señalado la coincidencia de que la tumba en la que fue puesto el cuerpo ya sin vida de Jesús pertenecía a un tal José. Nos evoca inmediatamente a José de Nazaret, al que se ha llamado «la sombra del Padre», José, el que vivió envuelto en el silencio. Señaló Ignacio de Antioquía: «Al príncipe de este mundo le ha sido ocultada la virginidad de María, y su alumbramiento, al igual que la muerte del Señor: tres misterios sonoros, que fueron realizados en el silencio de Dios».

La losa ha cerrado la puerta del sepulcro, pero no ha terminado la misión de Cristo. Jesús desciende a los infiernos, para que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan (cf. Jn 5,25). El grano de trigo que ha sido enterrado en la tierra y muere para dar fruto va al encuentro de nuestros primeros padres y de todos los justos que le han precedido. Él es el nuevo Adán. Si con el centurión, al verle expirar, confesamos: «Verdaderamente este era Hijo de Dios», permanecemos a la espera de quien, resucitado y glorioso, nos dice: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

*Señor Jesús, tú eres el buen Pastor que puede guiarnos por cañadas oscuras, porque has conocido la muerte pero no la corrupción. Haz que sepamos cuidar el silencio en el que crece la certeza de que siempre vas delante de nosotros y de que nada hemos de temer.*

*Durante estos difíciles momentos, MAGNIFICAT se complace en ofrecer el acceso gratuito a nuestra versión online para ayudar a la gente a rezar desde casa.*

*[www.magnificat.com/gratis](http://www.magnificat.com/gratis)*